

# La conspiradora



CARMEN BOULLOSA

## 1. El perro y Jean Franco

—¡Oh, condenado! Paga el pasaje.  
—¡Oh, Caronte! Grita si esto te es grato.  
—Paga, digo, a cambio de que te transportamos.  
—No podrías obtener de quien no tiene.

Menipo y Caronte, en los *Diálogos*,  
de Luciano de Samosata

Menipo cruza hacia el mundo de los muertos, llevado del brazo de Hermes, transportado por Caronte. Su viaje al más allá se convierte en ejercicio estéril de interpretación. A él ni la muerte lo ilumina. A sus ojos, Pitágoras se reduce a su muslo de oro y el negarse a comer habas. Sócrates es un vulgar calvo, chato y ridículo. Sabios y bobos le parecen por igual risibles. Es un cínico, esto es, como un perro, un deshumanizado, nada tiene sentido para él. Menipo personifica al crítico, no comprende, en búsqueda de la más valiosa (y tal vez inexistente) joya literaria. El que se confunde mientras se burla. El que encuentra en Quevedo al obsceno, en Cervantes al insensato, en Shakespeare disparidades, en Rosa Chacel a la viejecilla que se quejaba de hostigamiento sexual cuando toda lonjas se tendía a tomar el sol en la playa.

Para Menipo el cínico, la muerte es un estado definitivo, porque en ella, como en la vida, sólo cabe la socarrona irrisión, insensible, pedestre. Para él, morir es caminar de gratis, con o sin Hermes o Caronte, hacia el territorio del desprecio y de la muerte, recorrer la redonda calle de Amsterdam, regresar al lugar de donde salió. Ni paga al barquero, ni recibe nada a cambio. Es ajeno, un perro, un cínico. “No podrías obtener de quien no tiene”, dice, aludiendo a su

bolsillo, a Caronte, pero su respuesta tiene sabiduría: no tiene poder de interpretación, por lo tanto no tiene participación en la vida.

Del lado opuesto del reidor y bobo Caronte, Jean Franco se sobrepone a toda inercia y se aboca a la interpretación. Su facultad interpretativa la pone lo más lejos del perro, del cínico y del esclavo. Porque para Jean Franco la libertad y la participación en el poder radica en la posibilidad de interpretar. El poder es el poder de la interpretación. El cínico que ríe avaro sin querer participar en su cuota de viaje está ciego. Confunde al imbécil y al banal con el sagaz, el acertado y el profundo. Nada le dice. No requiere de control confesionario para contener algún instinto interpretativo, porque “no podrías obtener de quien no tiene”.

A Jean Franco, en cambio, todo le habla, porque tiene. Paga con su seriedad, su conocimiento, su entrenamiento de lectora literaria, y recibe. Todo le habla, y a todo le responde; a todo hay que conversarlo, ponerlo en palabra, decodificarlo, exponerlo, subvertirlo. No burlarlo, como el necio Menipo, sino tomarlo, torcerle el cuello, interpretarlo.

## 2. El hilo y Jean Franco

Ariadna, que conocía el secreto, utilizó su poder para traicionar a los suyos y auxiliar al traidor. Cavó una posible propia tumba con el mismo hilo con que dio a Teseo la capacidad para descifrar el camino del laberinto. Éste, seguramente un hilo sentimental, de materia corporal, *místico*, no fue aliado de Ariadna. Su poder se revirtió en su

contra. Porque ella no comprendió el sentido de su acto, porque no vio el poder que sabe interpretar la salida del laberinto ni el que la fraternidad con el monstruo le concedían.

Jean Franco es su hija. Una hija que aprendió del poder de la madre, del error, de la experiencia y que heredó su hilo. Vástaga de Donisios y de Ariadna coronada, de la sabiduría de ésta cuando fue abandonada en la playa desierta, como consecuencia de su propio acto necio, de la mujer que rompió con el orden paterno sin haber comprendido, sin haber descifrado, sin haber accedido al poder de la interpretación, Jean aprende del error de la madre, comprende, hereda el hilo, intuye y razona que ha de usarlo de otra manera. Ella no guía, viaja, se calza los pantalones de Teseo y recorre armada el laberinto. No cede a otro la muerte del monstruoso hermano animal, el que no puede controlar su cuerpo, ni la pulsión de su fuerza mortal. Derrota al Minotauro, porque mirándolo de frente, lo define, lo desmitifica, lo articula con el verbo, le arranca el sentido.

### 3. El ojo de Jean Franco

Para interpretar son necesarios por lo menos dos elementos: pasión y distancia. Cercanía y distanciamiento. Apego e impiedad. Conocimiento y pregunta. Fidelidad y traición.

Fuego y hielo que consigue la novela. La novela es cercanía, la identificación con el lector y la distancia de la crítica, el espejo, el ejercicio de desapego de la realidad. La novela es entrenamiento para la interpretación. El espejo fiel que hace la gimnasia descodificadora, el espejo activo.

El ojo de Jean es el del lector de literatura, armado de una sólida, consistente, cultura universal. Franco interpreta archivos de la Inquisición, vidas de beatas, femeninos diarios masculinizados, contenidos de publicaciones periódicas, fingimientos o posesiones, el ojo que opera es el ojo entonado sobre la página del texto literario. Su ojo, retina, párpado, iris de lector, tiene sabiduría literaria, la sabiduría moral, el rasero moral, que se aprende leyendo. Jean lee, como si fuera un texto, lo que llama su curiosidad. Desenro-



Miguel Ángel Alamilla

lla el sentido de situaciones, décadas, actos, vidas. Conoce porque sabe leer.

Es la gran conspiradora. Escribe Jean: "Lo que importaba al clero era controlar el significado y establecer límites, y uno de los límites más importantes era el que separaba a la verdad de la ficción." Sin ser una misteriosa como las que describe, sin ser ni un ápice misteriosa, Jean Franco fue pionera en atreverse a mirar a la verdad y a la ficción con la misma actitud, enriqueciendo de este modo sus lecturas literarias y el acceso al significado de los actos y el mundo. A la hora del *pop-art*, se subvirtió la academia, el control del estudio, sólo enfocado con anterioridad a los buenos textos literarios. La verdad y la ficción se juntaron en la arena donde se ejerce el pugilismo inmisericorde de la interpretación.

### 4. El hilo de Jean

El hilo de Jean Franco es preciso, tenso, firme, permite a su discurso no trastabillar, pero en ningún momento le reduce la mirada. Es suficientemente largo como para permitir recorrer todos los recovecos. Aunque obligado a otro comportamiento, casi como el del *cat-gut*, el hilo es la herencia de Ariadna, el mismo que ella le entregó a Teseo por el deseo. El pensamiento de Jean es hilo y no vuelo. Un hilo aventurero, que se atreve realmente a explotar, pero que no permite al pensamiento avanzar tropezando o a saltos. Es

un hilo histórico, con memoria, un hilo con fundamentos, con el que J. F. hila en cada ensayo un armazón de edificio. Pero es hilo siempre, porque avanza por donde parecería oscuro, iluminado, como un hilo de luz. Tocando terrenos no imaginados. Metiéndose tanto en el *Semanario de las señoritas mejicanas*, dedicado a “la educación científica, moral y literaria del Bello Sexo”, como en la pintura de Frida Kahlo, el *Sueño* de Sor Juana o las vidas escritas a fuerzas por las beatas.

Es un hilo politizado, el hilo a quien Teseo utilizó y que se niega a volver a servir de trampa para su dueña. Pero un hilo politizado que no hace trampas, que se atreve a bajar donde está oscurito, que quiere con avidez comprender, interpretar. No es el hilo que será enjaulado en el bordado. Cruza de uno a otro laberinto. Porque el pensamiento de Jean ni espera como Penélope ni se fatiga. Por un misterio inextricable, Jean Franco es siempre la más joven, la más vital, la más infatigable.

#### 5. El reloj de Jean, carátula de jeans

Tengo una interpretación de por qué Jean Franco aporta siempre la inteligencia más joven de todas, sin desertar de su solidez y sabiduría. Creo que ha rehuido el reloj por trucos de desplazamiento. Nació en una isla, se fue a vivir a otra y se dedicó a estudiar el Sur. Llegó a Nueva York del brazo de Darío y Lorca, del de Martín Luis Guzmán en un hotel de Broadway y sus orillas del Hudson, un Nueva York abierto al Sur o al mundo, e hizo su casa en Columbia, heredando la tradición de Lionel Trilling, de Frank Tannenbaum, y su amistad con mexicanos y latinoamericanos.

Yo no puedo dejarla emparentar con Nueva York (tal vez porque la primera vez que fui a Nueva York Jean me recibió con los brazos abiertos, me llevó a comer, me tomó del brazo y me llevó a su paso, sé que camina rápido). Tiene un aire neoyorquino en el alma. Se le notan los barrios puertorriqueños, los muchos lugares de donde vienen a vivir sus habitantes, el turbante, el sari, el huarache, ninguna arrogancia imperial o postimperial, en la era en que se expulsa al español de las escuelas.

Yendo de una isla a la otra, de Londres a Nueva York, y mirando al Sur, ha atrapado el *luft*, el aire de este tiempo. Su trabajo está signado por las revoluciones de la vida privada que han sido la joya de esta segunda mitad del siglo. Está signada con el uso de los *jeans*, pero ha dejado a Jean llena de vigor, la más joven.

La agujas del reloj no le atinan. ¿No la encontrarán, porque la encuentran mexicana, les dicen que es inglesa, no hay cómo rastrearla en el Norte si huele en ella a Sur Nueva York? O se les escapa porque, como me preguntó un amigo, en la otra lengua de Jean Franco: “*Why does she have a woman’s name in English, and, yet, she is a scholar of the Spanish, in wich the name doesn’t exist at all?*”

#### 4. La androginia, el hibridismo

Jean Franco practica con fortuna el travestismo intelectual. Crítica del confinamiento a que se ha enclaustrado a la mujer, no coagula la vena de su intuición. Se trepa por las paredes, pero sin perder jamás el hilo que Ariadna no supo usar para su provecho.

Con implacable inteligencia, con armadura racional, no deserta de descubrimientos que interesarían a la intuición. Así, por ejemplo, topa con un rosario de amores terribles: el de Sor Juana por la Virgen, el de las místicas por sus locuras, el de Vasconcelos, Diego Rivera o Gamboa por ellos mismos, amores si no suicidas, esclavizantes, cada uno a su manera. Entra y sale de la vida privada a la vida pública sin que en ninguno de los dos territorios le dé frío, sin perder las polisemias, cosechando lo que las tradiciones “viril” y “femenil” quisieron arrebatarse a las mujeres, y por tanto a los hombres. Es por ser mujer que Jean Franco transita, vencida la negativa, al territorio de la interpretación que fueron ganando las conspiradoras, con flexibilidad y poder interpretativo, de un texto de García Márquez o Puig a la vida de una ilusa o misteriosa.

#### 5. Jean y Creonte

Un día, hace siglos, Jean Franco utilizó el filo de su hilo para acabar con Creonte cuando éste dijo:

—Mujer como ésta es preciso que se las sujete bien y no se las deje libres.

Y Jean, con su voz del Centinela, dijo:

—Señor, para los hombres no hay nada irrevocable porque la reflexión modifica el primer pensamiento.

Y Creonte contestó:

—Pues bajando al infierno, si necesidad tienes de amor, ama a los muertos, que viviendo yo, no mandará una mujer. ♦